

LAS CIENCIAS SOCIALES Y SUS PERSPECTIVAS INTERDISCIPLINARIAS

EXTRA
TRA
#1
(2021)

ISSN | ISSN-E
2343 | 2610
6131 | 8046

encuentros

REVISTA DE CIENCIAS HUMANAS, TEORÍA SOCIAL Y PENSAMIENTO CRÍTICO
UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL RAFAEL MARIA BARALT


EL INTELLECTUAL, SU PENSAMIENTO Y COMPRENSIÓN CULTURAL EN LA SOCIEDAD

The intellectual, his thought and cultural understanding in society

pp:100-110

Juan Carlos Araque Escalona

jaraquescalona@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-2684-7889>

Universidad Técnica de Cotopaxi

Latacunga, Ecuador

Ana Jacqueline Urrego

anaurrego70@gmail.com

 <http://orcid.org/0000-0002-4799-7931>

Universidad Iberoamericana del Ecuador

Quito, Ecuador

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.4758532>

Resumen

Abstract

En el presente ensayo, producto de una revisión documental, se hacen algunos planteamientos necesarios para debatir hoy día en torno a la figura del intelectual, analizar la contundencia e importancia de sus ideas más allá de sus aciertos o equívocos. Se resalta constantemente lo trascendental de un nuevo margen en el cual se ubiquen pensadores cuyo norte sea la fidelidad histórica y el beneficio a los hombres de justo proceder. Para desarrollar este documento, fue necesario apoyarse en autores de la talla intelectual de Chomsky, Fernández Retamar, Gramsci, Dalton y Vargas Llosa, entre otros. En tal sentido, sin lugar a dudas, el intelectual necesario actualmente es aquel que puede desenvolverse sin la figura y el patrocinio de un superior, ya basta de aupar la típica cultura del sometimiento y sobre todo de aquella que promueve la diversión en lugar del pensamiento crítico.

Palabras clave: Intelectual, sociedad, cultura, pensamiento crítico.

In the present essay, product of a documentary review, some necessary approaches are made to debate today about the figure of the intellectual, to analyze the forcefulness and importance of his ideas beyond their successes or misunderstandings. The transcendence aspect of a new margin is constantly emphasized in which thinkers whose north is historical fidelity and the benefit to men of just proceeding. To develop this document, it was necessary to support on authors of the intellectual stature of Chomsky, Fernández Retamar, Gramsci, Dalton and Vargas Llosa, among others, who supplied the necessary principles and debates around the social image of the intellectual. In this sense, without a doubt, the currently necessary intellectual is the one who can manage himself without the figure and financial support of a superior, it is sufficient to lift the typical culture up of submission and especially that which promotes fun instead of critical critical.

Key words: Intellectual, society, culture, critical thinking.

INTRODUCCIÓN

Los intelectuales son la sal que condimenta la comprensión del mundo, a esta especie de doctos de la palabra oral y escrita le debemos la claridad de ciertos panoramas que históricamente han sido manipulados de manera negativa. Lo anterior obstruye el paso de la visión hacia lo real, hacia ese escabroso germen que penetra al ser humano sin que este lo note muchas veces. El intelectual desde esa perspectiva tiende puentes para la comprensión cultural de todo cuanto se observa, motivando socialmente luchas y resistencias hacia patrones prefabricados conducentes a moldear individuos y sociedades enteras.

Para el mundo intelectual, toda querrela por mínima que sea, se resolverá a través del diálogo y la razón; de allí que sea difícil pensar que en el plano de la intelectualidad haya un pensamiento uniforme que conduzca a lo racional. De acuerdo con esto último, debe pensarse a los intelectuales desde ambos lados de la balanza sin que uno de ellos sea bueno o malo, sencillamente habrá razones circunstanciales para que este emita sus criterios de verdad desde lo político, religioso, social, cultural, educativo y moral. En consecuencia, los sistemas de verdad construidos desde los intelectuales van dejando resonancias que inevitablemente van germinando en los ciudadanos hasta florecer en óptimas percepciones de lo real; descartando así oscuras realidades que en la mayoría de las veces mienten en cuanto al panorama sociocultural.

De manera muy influyente, el intelectual tiene el poder de formar movimientos, escuelas y hasta sociedades cuyas ideas son el pilar de todo aquello capaz de revolucionar en tanto provocar un cambio significativo. Dicho cambio, está dado por el solo hecho de estar depurado de visiones sesgadas, impregnadas de límites dañinos sobre todo para quien de manera hasta inocente llega incluso al punto de defender al oprobioso, es decir a quien vilipendia, subyuga y subordina de manera malintencionada. A este punto debe ya decirse que lo intelectual no es una mera actividad de escritores en el estricto sentido de su concepto, a tales efectos se deben incluir pintores, fotógrafos, escultores, arquitectos y maestros, quienes, por lo general, no dejan una obra escrita; contrario a esto de manera cotidiana alcanzan su voz de libertad desde cada espacio en los cuales educan con valores y principios.

Por lo antes mencionado, puede decirse que el propósito de este escrito, basado en una breve revisión bibliográfica, es resaltar el compromiso asumido por los intelectuales en la sociedad y su resonancia a futuro en torno a los giros significativos que ella debe dar, pues de ellos depende la formación de un nuevo ciudadano capaz de distinguir entre lo apropiado y lo inapropiado de su contexto. Es así que se resalta el poder que tiene cada intelectual más allá de sus líneas de pensamiento, en aras de lo cual se hace énfasis en el justo medio que debe surtir cada razonamiento, cuya médula será siempre la avanzada de toda una comunidad.

El afán de este documento es aflojar el principio que coexiste con el intelectual, lograr que las personas se formen y piensen sin que éstos lo noten a simple vista, pues, como esa sensibilización en tanto una semilla; va germinando hasta florecer. De allí la idea de que el ciudadano por más ínfimo que pueda verse será capaz de cruzar el más ancho río y aportar un pequeño cambio que al sumarse al de otros representará cambios paradigmáticos para todo un sistema.

En tal sentido, hay un empeño por resaltar la forma cómo el intelectual saca al ciudadano común de un estado de letargo -aunque no sea consciente de ello- e inmediatamente hace que este aborde una especie de cohete transitorio hacia un estadio superior de la vida, vivida con esplendor y dignidad. Tal como lo expresan Dalton, Depestre, Desnoes, Fernández Retamar, Fornet y Gutiérrez (1969) “aunque seamos productos del pasado, no debemos acomodarnos en nuestras limitaciones” (p.150); pues es eso precisamente lo que desean quienes representan el poder, que el hombre se aparte y hasta se anule del pensamiento creativo y peor aún, si éste lleva matices revolucionarios, contestatarios y de transformación ciudadana. Esta reflexión es sustancial pues ve en el intelectual un ser privilegiado ya que es él o ella quien ha elegido la lucidez, la oscuridad y la mediación en lugar de la cordura, hecho que ha conducido a buena parte de la humanidad a guerras, intransigencias y desolación, quedando suprimido todo hecho dialógico.

EL SER DEL INTELLECTUAL Y SUS POSIBILIDADES

Ser un intelectual acarrea un compromiso grande, siendo el primer deber de este el poder llegar a un público de manera sencilla, entendible y contextualizada, es por ello que muchos columnistas de medios impresos tienen que desarrollar un lenguaje claro; pues su discurso irá a las grandes masas. Para que un intelectual llegue a estos niveles, será necesaria una alta preparación comunicativa, pero sobre todo una sensibilización para expresar la verdad, ese principio universal tan ampliamente discutido en la historia de la filosofía. Al expresar una idea de manera acertada, el intelectual logra romper un silencio universal que permea a todos aquellos quienes se ven impedidos de opinar y más que esto de tomar decisiones firmes y acertadas que detengan la avanzada de sistemas opresores.

Para el intelectual no existe la uniformidad de ideas, sencillamente existe diversidad y justicia social, por esto el intelectual es un héroe cuya capa y antifaz es suplantada por el verbo agudo y lacerante de la palabra. Debido a esto, Chomsky (1969) sostiene de manera muy oportuna que “los intelectuales tienen la posibilidad de mostrar los engaños de los gobiernos” (p. 20); dejando en relieve y al calor de las masas, los verdaderos cometidos que generalmente ocultan los demagogos de manera maquiavélica e irresponsable. Sin lugar a discusión, la tarea de decir la verdad es muy compleja; pensándolo desde la filosofía de Demócrito pudiera entenderse la verdad como una imposi-

bilidad, pues ella reside al final de un pozo sin fondo al cual llega el entendimiento humano del intelectual, tarea compleja y difícil mas no imposible.

Aunque sea una verdad de Perogrullo, el intelectual es un filósofo que enuncia desde la moral y siguiendo un patrón de investigación, sus juicios atienden a unos pasos exploratorios ya que da respuestas una vez encendida la llama de una vela; posibilitando igualmente la ampliación de esta luz lo máximo posible. Los profesionales de la intelectualidad se han dado cuenta, al igual que Sócrates en la antigüedad, que muchas decisiones a nivel de la ciudadanía se toman desde la ignorancia, y ésta es una misión desde la sabiduría en tanto arte de hacer lo correcto más que por el hecho de saber cosas o acumular conocimiento, en pocas palabras el arte de la prudencia y el razonamiento metódico.

Este razonamiento, cuya cima y cúspide es la verdad genera muchos problemas sobre todo a quienes ostentan el poder, precisamente es por eso que los intelectuales tienen dedicación dentro de su cotidianidad a reflexionar y a escribir, de allí que Marías (1968) alude que “si bien el saber no ocupa lugar, sí ocupa tiempo” (p. 13); por lo que el factor tiempo supone una potencialidad y un gran alimento para quien vive interrogando y pensando socialmente.

Hay una realidad que viven hoy día quienes son estudiosos de los procesos históricos en tanto revueltas y revoluciones paradigmáticas, es el flagelo de la poca disposición para leer que afecta a buena parte

de la sociedad mundial, en torno a esto el escritor tendrá que hacer su comunicación desde la practicidad. Para ello, el anular buena parte de la teoría no necesariamente significará que carezca de calidad el trabajo del pensador, como refiere Dalton *et al.* (1969) la teorización se evidencia justo cuando el hombre y su comunidad “toman conciencia desde las acciones cotidianas” (p. 8) lo cual se va tornando en una especie de espiral infinito. Ante ello, y sobre todo apartando la teoría, deberá evidenciarse la voz del intelectual para que su discurso no abuse de citas al punto de convertirse en una muñeca rusa o matrioshka, ello permitirá diferenciar lo auténtico de aquello que no lo es.

EL INTELLECTUAL ES UN PROFESIONAL DENTRO DE LA SOCIEDAD

La actividad intelectual se debe ver como una profesión, desde esta óptica se tendrán que hacer algunas valoraciones y críticas constructivas, una de ellas es que debe ser tomada en cuenta y quienes la practiquen sean considerados como miembros activos de instituciones del estado. Aunado a esto, al ser un pensador deberá evitarse caer en lo que Marías (1968) denomina “intelectual marginal” (p. 14), pues éstos lo único que hacen es difundir las ideas de los otros expandiendo, más que ideas propias, una profunda satisfacción y deleite personal de lo que han leído. En suma, la línea entre intelectual y diletante es muy fina, lo que más se distingue entre ambas es la precisión y agudeza con la que el intelectual enuncia sus propias ideas, sin miedo a que sean rechazadas e incluso lanza-

das al abismo de la derrota, tomando en cuenta, claro está, que muchas veces las ideas al estar fuera de tiempo no son consideradas en su contexto cronológico, pero contrario a ello serán rescatadas más adelante reconociendo su vigencia tal vez tardía.

El mundo contemporáneo plantea el desvío de atención hacia lo que realmente representa un problema social, ello se logra mediante el discurso propagandístico lo cual se instaura férreamente en la mayoría de sujetos. Para corroborar la mayoría basta ver alrededor, se promociona una marca de ropa y de aparatos tecnológicos más que algún texto o biografía de un personaje importante para la humanidad. En consecuencia, el intelectual rechaza las propuestas de diversión que hacen los sistemas cuyos intereses traslucen la deformación de la población; pues trabaja de manera insistente y persistente para que las masas no tengan acceso al pensamiento crítico-reflexivo.

Es importante hacer una distinción especial de la categoría presente en el libro de Gramsci (2016) denominada “manifestación intelectual” (p. 14) ya que en ella se circunscriben quienes se expresan desde los sistemas de arte como la literatura, la pintura, la escultura, el cine, la danza y la música. Esta expresión del pensador italiano es muy amable pues va más allá de lo que se entiende como intelectual, es decir, la persona dedicada a la escritura y difusión de textos, contrario a esto se asume como intelectual a un novelista, a un pintor, a un director de cine o a un bailarín quien tiene una visión de mundo y la manifiesta por

medio de su obra de arte. Con todo, el arte de los antes mencionados es capaz de subvertir un orden social y causar furor, estragos y arritmias sociales peligrosas a quienes tienen y ostentan el poder.

Las artes en general deben servir para comunicar sueños e ideales de cambio, todo artista busca ser vanguardia y si esto se produce al final germina en un público que le concibe y lo multiplica, siendo a través de este proceso que el intelectual se instaura en la sociedad. El intelectual propiamente dicho es aquel sujeto que navega en medio de las problemáticas sociales, no le teme a nada y se aparta siempre de lo que Gramsci (2016) conceptualiza de “pacifismo inoperante” (p. 14), pues esto apunta a conductas pseudo-intelectuales más parecidas al diletantismo que a un pensador furtivo y valiente. Al no haber temor de por medio, entramos en la función que cumple el intelectual en la sociedad, demostrar que todos los seres humanos pueden pensar, pues las capacidades cognitivas están presentes en todos los ciudadanos, basta que alguien active este proceso con coraje y de modo justo y consciente.

Al hablar de intelectualidad urgentemente planteamos la ruptura de los límites impuestos en nuestra sociedad, la superación de obstáculos epistemológicos que nos han dado entender que los pensadores más acertados son de ideología izquierdista o de tendencias derechistas. Más que esto, el intelectual debe ser original y ello lo logra evitando circunloquios, contrario a esto, se va mimetizando con profunda clarividencia y perspicacia

para calar en un público. Dalton et al. (1969) –reconocido intelectual de la izquierda latinoamericana– sostiene que “el alma pura del artista le permite ser lúcido” (p. 10); mientras que Vargas Llosa (2018) –férreo detractor del socialismo y la izquierda– asegura que “en el siglo XX los intelectuales han dado un ejemplo de ceguera política” (Sección Cultura-libros) y todo ello al no haber distinguido entre crudas realidades y propuestas utópicas. En todo caso, más allá de las ideas venidas de derechas e izquierdas lo más sobresaliente de un intelectual será el poder romper con las contradicciones y paradojas sociales a los cuales están acostumbrados los políticos y mandatarios latinoamericanos.

Todos los ciudadanos de una nación, incluso de un continente henchido de vicisitudes tienen que interrogarse dónde radica tanta inhibición y represión social, por qué en muchos contextos el libre pensamiento se ve como una alteración del orden instituido. Los intelectuales saben perfectamente la respuesta a todo esto, sin embargo grandes escritores del planeta han apoyado sistemas dictatoriales y antidemocráticos; favoreciendo regímenes totalitarios. Ahora bien, si todos estos pensadores tuvieron la oportunidad de ingresar a la historia por la puerta grande de una justa formación, impregnándose de hechos sociales prístinos a sus horizontes de mundo cabe plantearse por qué no son capaces de desnudar la realidad para adentrarse en lo verdaderamente real. Aunque parezca irrisorio e increíble, muchos de ellos ocultan la historia y sus hechos debido a oscuros intere-

ses, lastimosamente se venden y lo demuestran al no ofrecer entrevistas ni mucho menos aceptar debates públicos ante medios de comunicación.

DEL DISCURSO REFLEXIVO AL ACCIONAR SOCIAL

Por lo antes expuesto, puede notarse entre los intelectuales quienes dejan los discursos en el aire sin otorgarle un mínimo grado de acción, es necesaria y hasta urgente la actuación desde el sentido común, ello se logra con algo sencillo como es la masificación de la información. Pudiera aseverarse que el elemento más llano de llegar a un colectivo es “poner la verdad frente a la cara como un espejo” (Dalton et al., 1969, p. 16), pero el primero que debe hacer esto es quien expresa la idea; puesto que en muchos casos la verdad aplica para el otro y no para sí mismo, es hora de aplicar el viejo adagio que reza la ley entra por casa. El inconveniente para mostrar la verdad en muchos casos es el obstáculo del saber leer, dos premisas cruciales parten de la formación ciudadana, por un lado los índices de analfabetismo y por otro lado la escasa comprensión; peor aún la casi nula motivación por la lectura, barreras que debe franquear todo pensador, sobre todo en contextos donde la educación afronta problemas medulares que más adelante repercuten al momento de elegir a quienes gobernarán los países, impidiendo así ver, sentir y solicitar el reservorio moral y ético a los políticos.

El intelectual no debería tener compromisos políticos ni ataduras ideológicas, su imbricación y anda-

miaje se teje junto a la verdad y la fuerza que acarrea en cualquier contexto enunciarse auténticamente amparado en la franqueza y la realidad histórica. Este tema es tan amplio que científicamente ha habido grandes debates en pro de saber cuál es la ciencia madre de todas las ideas y proyectos desarrollados por el hombre, ello ha sido posible gracias al desarrollo de las ideas por parte de los grandes humanistas, frenando lo que Cámara (2013) denomina “un intento global de costura o remendadura de las estructuras” (p. 194). Solo la libertad de pensamiento permite aspirar un cambio circunstancial a través de las ideas, para bien y para mal, las variaciones y vaivenes del cual se tienen noticias han surgido desde las ideas, esto quiere decir también incluyen lo despiadado de las guerras –pensadas como grandes negocios– en pro de buscar justas culpas vertidas en adversarios que a veces ni siquiera existen, es resumen, de alguien debe ser el yerro y el tropiezo.

Pensando en que son los intelectuales quienes propician grandes movimientos en el mundo, se debe tener sumo cuidado con la emotividad, en muchas oportunidades se parte de allí para generar el resentimiento, el oprobio y la contumelia. Todo esto se evidencia en el momento que los escritores apelan a falsos nacionalismos, de allí que logran mover y conmover las más delicadas fibras del ciudadano, sin lugar a dudas de quienes son más frágiles y vulnerables ante este tipo de estrategias argumentativas, las cuales declinan más en escabrosas falacias. Detrás de todo ejer-

cicio para fomentar el rencor social jamás podrá primar la justicia tendente al crecimiento, por ello el rol del intelectual dentro de los sistemas sociales es algo bastante delicado que no todos la profesan y desempeñan como es debido.

Muchos pudieran ser los principios enunciados desde la intelectualidad, sin embargo la primicia y el privilegio lo ocupa el hecho de ser puente entre el oscurantismo y la luz, es por eso que el pensador irradia la pureza y el destello de una racionalidad absolutamente positiva y cargada de progreso para todo el conglomerado social. Gracias a las indagaciones el intelectual, todo un pueblo puede alcanzar a entender sus raíces sin que ello sea concomitante al resentimiento y al odio hacia el otro, en todo caso el cometido es derrumbar discursos de poder los cuales subyugan a generaciones enteras. En tanto, la individuación se supera única y exclusivamente cuando el intelectual logra “descentrarse de sí mismo” (Cámara, 2013, p. 195) y con ello se aparte históricamente de toda maraña y vicios incubados a manera de grandes relatos.

A propósito de las grandes narraciones que levantan historiadores y cronistas y otros hacedores de ideas, es menester de todos los ciudadanos hacer críticas y valoraciones en torno a ello, dicho esto en función de que en la mayoría de los casos son ellos quienes se estudian, apoyan y cuestionan entre sí. Al ser ello cierto, estaríamos en presencia de lo que Brunner y Flisfish (1983) destacan como un “narcisismo colectivo” (p.7), más allá de que las apreciaciones sean po-

sitivas y negativas. El intelectual debe ser amable, apartarse de todo envanecimiento para poder organizar la cultura, mirar desde el epicentro de las circunstancias que bordean a él y a los otros, sus coetáneos en quienes se sostiene y apunta la vida misma en función del cual avanzan tanto naciones desarrolladas como aquellas que van en vías de progreso.

LA NEUTRALIDAD INTELECTUAL COMO FINALIDAD HISTÓRICA

Existe una vieja y tal vez rancia idea de que los intelectuales no son neutros, con ello se viene toda una tradición al cual hay que romper y sacar de raíz en el sentido de ubicar a cada pensador bajo una ideología, adscrito a algún partido u otra organización socio-cultural. Es indudable que el ser humano –un poco para ir más allá del concepto de intelectual– es ante todo una gran acumulación de sentimientos y ello le priva de sentir apego hacia algo, sea esto una tendencia o razón historicista dentro de su marco contextual. En resumidas palabras, se debe obviar definitivamente toda forma de monopolio intelectual en el que se dictan recetas parciales atendiendo a lóbregas y borrosas lógicas antisociales, siendo la neutralidad el único y más efectivo remedio el cual abre las puertas a más ciudadanos y en sí a quienes de manera incipiente creen en una verdadera transformación del hombre.

Respecto a lo anterior, pudiera decirse que una visión más neutra de los acontecimientos y problemas que aquejan a la sociedad serían un factor definitivo para la eclosión del

ciudadano en cuanto a su identidad, cultura y organización de sus ideas. Al materializarse de manera más humana esta neutralidad, el intelectual se afianza mucho más como “científico social” (Brunner y Flisfish, 1983, p.7); lo cual permitiría tener una mejor imagen del capital humano, sus necesidades y algo medular como lo es su forma de pensar, mecanismo limitado en muchas sociedades represivas y de control estamental. De todo esto se desprende que, la neutralidad por parte de los pensadores evitaría grandes crisis y pandemias sociales puesto que hasta ahora se ha visto que muchos de estos hombres y mujeres al cargo del desarrollo de ideas lo que han hecho es atenuar las grandes contrariedades de nuestra sociedad, usando paliativos que cada vez son menos válidos.

Para que un conglomerado piense de manera autónoma y en consecuencia pueda fácilmente advertir la presencia de intelectuales parcializados, es necesaria la educación abierta al pensamiento crítico y a la libre expresión de la palabra. Estos procesos se logran desde la escuela y desde la academia a nivel superior, con maestros y catedráticos mucho más democráticos, a sabiendas de que son estos los principales hacedores de la intelectualidad y la racionalización del hombre. Luego de todo ello, se alcanzaría lo que Brunner y Flisfish (1983) denominan “una distribución más igualitaria de los frutos de la cultura” (p. 10) en cuya centralidad estarían los mejores, los que mejor se hayan formado y de manera muy particular quienes tengan un accionar más equilibrado

proclive al entendimiento del otro desde lo que se ha denominado histórica y filosóficamente el justo medio.

Para aprehender el justo medio y lograr que el hombre se posicione allí, es necesario que haya un buen número de personas dispuestas a alejarse de vicios morales e intereses centrados en el egoísmo, adquiriendo cada uno un amor particular hacia una rama de la ciencia y a alguna de las tantas actividades y oficios necesarios en el día a día. A todo lo antes descrito pudiera llegar a través de dos vías, una de ellas es el sentido común para lo cual no necesariamente habría que acudir a la escuela; y la otra es propuesta por Machado (1945) quien propone “una superciencia” (p. 81), fundamentada en todos los años que pasa un sujeto en la escuela, el bachillerato, la universidad, posgrados y doctorados haciéndose más reflexivo y sensible ante las vicisitudes cotidianas. En definitiva, mientras los ciudadanos leen más y se facultan a través de las asignaturas de un plan curricular pueden relacionar más lo que ocurre en diferentes áreas del saber, en ello recaería lo original del pensamiento y la autonomía de aquellos que, mediante justas comparaciones acceden a saber con certeza hacia dónde deberá inclinarse la balanza.

Tras algunos desaciertos en nuestra educación tradicional, se urge por un plan en el que se trabaje más la inteligencia bajo esquemas de trabajo por pasión y no por presión, los verdaderos índices de agilidad y buen razonamiento vienen dados por la constancia y no por prácticas de orden coercitivas. Sin lugar a discusión,

el amor hacia aquello que se hace es el aliciente esencial para crecer intelectualmente ya que mientras más se ama más se investiga, creciendo así la sapiencia del ser humano. Estas reflexiones previas, apuntan innegablemente a la formación de un “hombre total” (Machado, 1945, p. 69), cuya labor cotidiana se desprende de sus grandes ansias, frenesí, entusiasmo y arranques energéticos que lejos de caer en las utopías lo llevan a luchar por sus sueños de manera persistente.

Ahora bien, formar un talento humano que aprecie la correcta actuación y adecuado rol del intelectual en la sociedad es a la vez desarrollar la actitud y por qué no la aptitud en los niños, adolescentes y jóvenes. De estos dos factores: disposición y capacidad, dependerá que todos lleguemos al justo entendimiento de las circunstancias que nos rodean, siendo a su vez una clara vinculación de formas, conceptos, principios, recuerdos e intereses que cobran vida una vez emprendido el proyecto del conocer (se). Para todo esto, diremos con Gramsci (2016) que todas las personas “despliegan cierta actividad intelectual” (p. 19); siempre y cuando haya en cada uno ese ímpetu progresista propio de los hombres visionarios conscientes de la gran demanda que existe en el mundo a favor de los cambios paradigmáticos.

Este acercamiento al plano de la intelectualidad no podría pasar por alto a uno de los cimientos más importantes de la cultura y el pensamiento latinoamericano, se trata del uruguayo Carlos Vas Ferreira cuya obra se inscribe dentro del discurso funda-

cional con honda exaltación hacia lo correcto en tanto ejecución y práctica de un neutral juicio. La obra de este escritor sureño, resalta la audacia del intelectual al lograr conciliar grandes fuerzas sociales gracias a la sensibilidad que toca en cada ciudadano. Tal como lo concibió Vas Ferreira (1978) el trabajo intelectual tiene diversas maneras de ser llevada a cabo, pero la primordial y quizá la que más ayuda a la sociedad en general sea la de escribir “una obra didáctica para lectores de la cultura ordinaria” (p. 3), cuya formación no es la más idónea a la hora de enfrentarse a textos cargados de referencias complejas ni contentivas de giros lingüísticos de avezados eruditos.

EL INTELLECTUAL LEJOS DE LA VANIDAD Y LA ARROGANCIA

Sin lugar a estériles polémicas, es de aceptar que cada intelectual tenga sus desafueros y desmanes en tanto acciones contrarias a las buenas costumbres y a la debida ética de quien construye las ideas, lejos de esto aprenderá a corregir sus entuertos ya que es requisito sine qua non para los profesionales de la razón hacerse de la máxima humildad posible. En consonancia con esto último, se mencionará con Vas Ferreira (1978) que el mejor maridaje para el intelectual será “la valía del ejemplo pensado justamente como ejemplos personales” (p.211) toda vez que esto le permitirá alejarse de lo que Sokal y Bricmont (1999) califican mordaz y lacerantemente de “arrogancia y vanagloria cuyo fin es el prestigio que resulta del barniz de sus discursos” (p. 23), lo cual disocia y hasta aleja al individuo

del verdadero acto de formación y reflexión. Consiguientemente, pudiera concretarse que, para males de casos, algunos pensadores lejos de formar y orientar un rumbo en la vida, lo que han hecho es ahuyentar a quienes desean acercarse al mundo de las ideas y el conocimiento humanizado.

Puede decirse entonces, que la tarea sustantiva de quienes creemos en el poder avasallante de las ideas es persuadir a nuestros semejantes de que es a través del pensamiento crítico que se transforma a la sociedad, valiéndose claro está, de un hombre con acertados propósitos. Para ello, es fundamental ahondar el hecho que hoy día se debe proponer una nueva lógica intelectual, la de construcción social partiendo cardinalmente desde la conciencia ambientalista, más allá de los conceptos fundamentales de la filosofía, la sociología, la física moderna y otras ramas de las ciencias y las humanidades, es menester de todos diseñar ideas que lleven a los habitantes de la tierra a conservar el globo terráqueo. De lo dicho antes, se desprende una experiencia que vive todo el mundo, a decir: vivir de manera divertida y en medio del paroxismo de los gozos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En aras de lo antes mencionado, –y sin parecer disruptivo al conciliar el medio ambiente con el principio de intelectualidad– la cultura global que impera hoy día tiene como norte alejar cada día más al ser humano de los verdaderos problemas que vive el planeta, uno de ellos es precisamente el daño perenne que a diario sufre el ecosistema a nivel mundial. Esto

será posible contrarrestarlo mediante ideas emergentes puestas en práctica de manera mancomunada, donde todo el conglomerado se sienta favorecido, como es sabido, en muchas sociedades lo más fácil es aportar problemas en lugar de soluciones ya que ello requiere trabajo intelectual, moral, ético y físico. En sí, la sociedad plantea problemas y para ello las posibilidades de solventarlas se presentan iguales para todos, algunos optarán por desarrollar ideas y con ello se viene la competencia lo cual hace emerger inmediatamente al juego con sus diversas estrategias y recursos canónicos o de reglas necesarias para la sociedad y su organización cultural.

Finalmente, y deseando que esta reflexión abra debates y por qué no agudos cuestionamientos a lo acá desarrollado; gracias a la densidad ontológica propia de quienes piensan pueden hacerse todo tipo de interrogantes en torno a la idea que acá se tiene del intelectual. Seguiremos pensando abiertamente que un mundo cambiante amerita ideas pensadas en tiempo real, sin límites en su creatividad racional pues ellas serán sagradas o profanas según sea el criterio de quien las valore. Queremos difundir la génesis de que toda idea –siempre y cuando sea justa– debe estar muy por encima del poder que ostentan algunos hombres en la sociedad, estableciéndose desde allí un equilibrado orden del mundo cuya raigambre no es otra que una común filosofía significativa a todos nosotros.

BIBLIOGRÁFICAS

Brunner, J. y Flishfish, A. (1983). *Los intelectuales y las instituciones de*

la cultura. Santiago de Chile: Ediciones Granizo, LTDA.

Cámere, E. (2013). Función social del intelectual. *Mercurio Peruano* 525. Universidad de Piura. Recuperado el 10 de abril de 2020. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5254515>

Chomsky, N. (1969). *La responsabilidad de los intelectuales*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Dalton, R.; Depestre, R.; Desnoes, E.; Fernández Retamar, R.; Fornet, A. y Gutiérrez, C. (1969). *El intelectual y la sociedad*. Colección Mínima 28. México: Siglo XXI Editores.

Gramsci, A. (2016). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Colección Socialismo y Libertad. Libro 48. Recuperado el 20 de abril de 2020. <https://elsudamericano.files.wordpress.com/2016/01/48-gramsci-los-intelectuales-colecccic3b3n-2.pdf>

Machado, L. (1975). *La revolución de la inteligencia*. Barcelona, España: Editorial Seix Barral.

Marías, J. (1968). *El oficio del pensamiento*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe.

Sokal, A. y Bricmont, J. (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona, España: Editorial Paidós Ibérica.

Vargas Llosa, M. (12 de junio de 2018). Vargas Llosa: «En el siglo XX los intelectuales dieron un ejemplo de ceguera política extraordinaria». Entrevistador: Elena Cué. *Diario ABC*, S.L. Recuperado el 12 de marzo de 2020. https://www.abc.es/cultura/libros/abci-vargas-llosa-siglo-intelectuales-dieron-ejemplo-ceguera-politica-extraordinaria-201806100045_noticia.html

Vas Ferreira, C. (1978). *Lógica viva. Moral para intelectuales*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.